

EL PRISIONERO¹

En 1979 se publicó en una revista disidente china un artículo titulado «La Bastilla del siglo xx». Describía el destino de dos presos tibetanos que languidecían en la Prisión Número Uno de Qingchen, en Pekín, donde en la época de la Revolución Cultural habían encerrado a comunistas de alto rango. Los presos eran Phünlso Wangye, fundador del Partido Comunista Tibetano en la década de 1940, y su gran camarada Ngawang Kesang. El artículo fue la primera señal de que ambos seguían vivos. Phünwang, como es comúnmente conocido, había desaparecido de la escena pública en 1958 después de desempeñar una función importante en los asuntos tibetanos, y había pasado 18 años en la célebre prisión, la mayor parte del tiempo en confinamiento solitario.

Phünwang —el título del libro reseñado usa una versión afectiva y familiar de su nombre— es una figura destacada en la comunidad tibetana, pero se sabe relativamente poco de su vida y de su obra política. Dawei Sherap, uno de los coautores del presente libro, escribió una breve biografía en tibetano que publicó personalmente y con una distribución limitada. *A Tibetan Revolutionary* proporciona un estudio mucho más completo, que deberá leer cualquiera interesado por la historia del Tíbet contemporáneo. Existe en inglés una considerable bibliografía sobre la vida de los tibetanos, pero la mayoría sigue la narración familiar de nativos felices que vivían en una comunidad idealizada antes de la anexión china. Las memorias de Phünwang —el libro es el producto de muchas y largas entrevistas realizadas por Melvyn Goldstein, y se narra en primera persona— proporciona una relación mucho más compleja. Revela el pensamiento y las inspiraciones de unos cuantos tibetanos que deseaban introducir la reforma y la revolución en el País de las Nieves y ofrece mucha información reveladora para los lectores.

Las opiniones populares sobre Phünwang caen en dos bandos: para los tradicionalistas es un colaborador y el responsable de introducir al Ejército de Liberación Popular en el Tíbet; para la sección progresista de la comunidad tibetana es el líder que nunca hemos tenido, y su pérdida personal fue una

¹ Melvyn GOLDSTEIN, Dawei SHERAP y William SIEBENSCHUH, *A Tibetan Revolutionary: The Political Life and Times of Bapa Phünlso Wangye*, Berkeley, University of California Press, 2004, 371 pp.

pérdida para todo el país. Goldstein ha hecho más que cualquier otro especialista por mostrar al público la complejidad de la historia tibetana contemporánea, con todos sus claroscuros. Esta nueva biografía se está leyendo con ansiedad y ya hay artículos de Internet que demuestran que Phünwang ha encontrado seguidores entre la generación más joven de tibetanos, que sin duda buscarán en él inspiración y llorarán los años desperdiciados.

Phünwang nació en 1922 en Batang, una pequeña ciudad —«remota y hermosa»— de la provincia de Kham, en el Tíbet oriental, unos 800 kilómetros al oeste de Lhasa, en lo que ahora es Sichuan oriental, entonces bajo el control del caudillo chino Liu Wenhui. Ciudad fortaleza bajo la desaparecida dinastía manchú, Batang disponía de una moderna escuela pública que enviaba a una corriente de estudiantes, el tío de Phünwang entre ellos, a prepararse como administradores chinos en Nanjing. El bautismo de fuego del muchacho en la turbulenta política de la región se describe vívidamente. En 1932, Kesang Tsering, comandante local educado en Nanjing, que actuaba supuestamente en nombre del Guomindang, dirigió en Batang un levantamiento contra Liu Wenhui y proclamó el gobierno tibetano. «Alto y fuerte, con bigote negro, Kesang era para mí y para otros jóvenes una figura heroica». Phünwang lo recuerda reuniendo a los escolares para cantar la «Canción del nuevo Kham» siguiendo las líneas del lema de Sun Yatsen, «nacionalismo, democracia, sustento». La victoria duró poco. Al volver, el ejército de Liu exigió compensación, ejecutando a los dirigentes locales. El muchacho de diez años y sus amigos estaban cogiendo nueces de un árbol cuando escucharon los disparos: habían matado al padre de su compañero de juegos. En 1935 se sucedieron nuevas revueltas, en las que el tío de Phünwang, Lobsang Thundrup, sitió la fortaleza china de Batang, nuevamente en nombre del GMD, mientras las unidades del Ejército Rojo atravesaban la cordillera que preside la ciudad en la Larga Marcha hacia el noroeste. A los catorce años, Phünwang estaba decidido a seguir los pasos de Kesang y Lobsang, y estudiar en Nanjing:

Así yo también podría convertirme en líder de la lucha de nuestro pueblo tibetano por la libertad [...] No admiraba a Kesang Tsering y a mi tío simplemente porque hubieran desafiado a los chinos [sino] porque eran educados, cultos y modernos, además de estar comprometidos con la creencia de que los khampas tenían que gobernar Kham.

Fue mi profesor, el señor Wang, en la academia especial dirigida por la Comisión de Estudios Mongoles y Tibetanos de Chiang Kaishek, quien hizo conocer a Phünwang, cuando éste tenía dieciséis años, *El derecho de las naciones a la autodeterminación* de Lenin. Con la invasión japonesa, la academia fue evacuada hacia el oeste, a la capital temporal de Chongqing, en Sichuan. La disciplina se relajó y el debate político aumentó. Para Phünwang y sus compañeros tibetanos, la formulación de Lenin sobre la autodeterminación nacional resultó reveladora:

Entendí lo que Lenin quería decir cuando hablaba de la tensión inevitable entre la nación que tiene el poder y las que no lo tienen [...] que a menudo la nación

fuerte usaría su poder para oprimir a las más pequeñas, más débiles, y que las más pequeñas lucharían denodadamente contra esto. A veces sentía que Lenin sabía exactamente lo que yo pensaba, lo que más me importaba.

Los primeros intentos de Phünwang para organizar a sus compañeros de colegio en un Grupo Revolucionario Comunista Tibetano clandestino, y de hacer reivindicaciones estudiantiles, hicieron que lo expulsaran de la academia. Aunque estremecido, salió de los terrenos de la escuela cantando a voz en grito, y jurando que no «huiría».

Con diecinueve años, Phünwang volvió a Kham, y en un principio trabajó de profesor de chino y de música al tiempo que se esforzaba vigorosamente por alcanzar sus objetivos políticos. La estrategia del diminuto Partido Comunista Tibetano bajo su liderato durante la década de 1940 fue doble: atraer a los elementos progresistas que hubiera entre los estudiantes y entre la aristocracia del «Tíbet político» —el reino del Dalai Lama— a un programa de modernización y reforma democrática, y al mismo tiempo obtener apoyo para la lucha de guerrillas que permitiera derrocar al gobierno de Liu Wenhui en Kham. El objetivo supremo era alcanzar un Tíbet unido e independiente, con una transformación básica de su estructura social feudal. Phünwang ofrece un contundente relato crítico sobre la arrogancia de ciertos miembros de la elite tradicional, la crueldad de algunos de los monjes que encontró durante sus viajes y la pobreza de los campesinos —peor que en la propia China— bajo los pesados impuestos y el sistema de trabajo mediante corveas.

Su historia supone una lectura fascinante. En Lhasa, Phünwang intentó convencer al miembro más joven del Kashag, el Consejo de Ministros de Tíbet, para que proporcionara fusiles para la lucha armada en Kham. Pero el Kashag basaba sus esperanzas en una victoria del Eje: «Cuando Japón conquiste China, dejará en paz al Tíbet. Es un país budista, y nosotros estamos muy lejos», le dijeron. El siguiente paso de Phünwang fue intentar contactar con el Partido Comunista Indio, con la intención de llegar a la Unión Soviética. Tras viajar a Kalimpong con una caravana de mercaderes organizada por su camarada Ngawang Kesang, y después por tren a Calcuta, el PCI dio a Phünwang un recibimiento amistoso, pero lo disuadió de cruzar la frontera noroccidental hacia la Unión Soviética, porque había en la zona demasiadas tropas soviéticas. De nuevo en Lhasa, el Kashag seguía mostrándose reacio a ayudar, aunque la victoria aliada estaba ahora a la vista. Phünwang y sus camaradas se dirigieron a Deqen, un área *khampa* en la provincia de Yunnan, donde un líder miliciano local, Gombo Tsering, estaba dispuesto a unirse a ellos en un levantamiento contra Liu Wenhui. Traicionados y atacados por los enemigos de Gombo Tsering, se vieron obligados a retirarse hacia el interior del Tíbet cruzando el río Drichu, ocultándose en las montañas y alimentándose de nieve hasta que Phünwang consiguió por fin llegar a la relativa seguridad de la casa de su tío en Lhasa, a finales de 1947.

La situación política estaba en cambio constante. En la primavera de 1949 los comunistas tibetanos oyeron que el Partido Comunista Chino había esta-

blecido bases guerrilleras en áreas *khampas* de Yunnan, y que el Partido Comunista Birmano también se había hecho fuerte en la zona. Mientras planeaban unirse a ellas, Phünwang y sus camaradas fueron expulsados de Lhasa por el gobierno tibetano, ahora preocupado por la perspectiva de inminente victoria comunista en China. Viajando a través de India, los comunistas tibetanos llegaron a los cuarteles generales de campo de las tropas de Yunnan occidental en agosto de 1949. Aquí, sin embargo, el comandante del Ejército Rojo, un *bai* llamado Ou Gen, exigió que los tibetanos disolvieran su partido para integrarse en el PCC como condición para permitirles unirse a la actividad guerrillera. Tras muchas discusiones, Phünwang aceptó. Obligado a abandonar su objetivo de «autogobierno de un Tíbet comunista independiente», explica en el libro que seguía esperando que la colaboración con el Partido Comunista Chino condujera a «la reestructuración de Kham, y posiblemente de toda el área tibetana a ambas orillas del río Dri-chu, como república autónoma con un funcionamiento similar a las repúblicas socialistas autónomas de la Unión Soviética [...] estaría bajo soberanía china, pero controlada por los tibetanos».

De esa forma, a comienzos de 1950, Phünwang –ahora líder del partido en la Batang liberada– fue convocado a una reunión en Chongqing con Deng Xiaoping, He Long y otros comandantes del 18.º Ejército del Departamento del Suroeste, y nombrado asesor jefe para la entrada del ELP en Tíbet. (Simbólicamente quizá, el avión que lo llevaba a Chongqing encontró tantas turbulencias que Phünwang se mareó, y no encontró otro recipiente para vomitar que su nueva gorra del ELP.) Desempeñó una función diplomática clave en las negociaciones sobre el Acuerdo de los Diecisiete Puntos entre Pekín y Lhasa, y en conseguir que la aristocracia tibetana aceptara dicho acuerdo. Casi desde el comienzo, criticó el chauvinismo y la actitud «despectiva» adoptada por muchos cuadros del PCC. Pero estaba orgulloso de haber abierto una escuela laica en Lhasa –los intentos anteriores habían sido anulados por los monasterios– y establecido un periódico, atrayendo a importantes intelectuales tibetanos a escribir en él. De manera crucial, Phünwang se alió con el Departamento del Suroeste de Deng para respaldar un cauto método de reforma social y obtener el respaldo del Dalai Lama y la elite monástica, contra el izquierdismo del Departamento del Noroeste dirigido por Fan Ming, partidario del Panchen Lama. La designación de Phünwang para un puesto oficial en Pekín a partir de 1953 fue resultado, sostiene éste en el libro, de las maniobras de Fan Ming para apartarlo de Lhasa.

Phünwang fue el intérprete de confianza para las conversaciones entre Mao y el Dalai Lama, de diecinueve años, en Pekín en 1956 (asumiendo como su deber asegurarse de que el muchacho no se levantaba para bailar el foxtrot con las damas de la Compañía de Danza Estatal como les gustaba hacer a los cuadros del PCC). Recuerda una visita no anunciada de Mao a la residencia del Dalai Lama una noche, durante la cual el primero sacó el tema de la bandera con el León de las Nieves que llevaba aún el ejército tibetano y que Fan Ming deseaba prohibir. De acuerdo con Phünwang, Mao dijo: «No hay problema. Pueden conservar su bandera

nacional. En el futuro, también podríamos permitir que Xinjiang disponga de su propia bandera, igual que Mongolia Interior. ¿Estaría bien portar la bandera nacional de la República Popular China además de ésta?». Aparentemente el Dalai Lama asintió. Para Phünwang, era prueba de que los dirigentes del PCC estaban contemplando adoptar el modelo soviético de repúblicas autónomas, al menos para estas tres nacionalidades.

Pero el clima político ya estaba cambiando. Phünwang deploró las reformas impuestas por mandato en Kham, que conducirían al levantamiento de 1958-1959, brutalmente aplastado por el ELP, y lamentó que el gobierno central no comprendiera la relación entre Kham y el Tíbet. Como delegado en el Congreso Nacional Popular en 1957 criticó abiertamente las políticas de Fan Ming. Al año siguiente fue convocado ante un comité disciplinario que le ordenó «limpiar su pensamiento». La campaña antiderechista estaba en camino, y Phünwang se encontró totalmente aislado en el Instituto de las Naciones. En agosto de 1960 fue detenido, acusado de «actos contrarrevolucionarios». Tenía treinta y ocho años. Cuando finalmente lo liberaron de la «Bastilla de Pekín», tras varios periodos de locura, tenía cincuenta y siete. La peor de las muchas torturas que recuerda fue la de ser bombardeado con «ondas electrónicas» en su celda, lo cual le producía dolores de cabeza atroces. Después de su liberación, tardó meses en dejar de babear. Y lo impresionante es que, tras una recuperación de un año, volvió a la refriega, redactando propuestas para un modelo de «república autónoma» en el debate de 1980 sobre la Constitución de la RPC, y argumentando de manera convincente que el ELP no debería usarse para labores policiales en las regiones de minorías nacionales, donde su función era prácticamente comparable a la de cualquier ejército de ocupación. Cuando estas sugerencias fueron objeto de un ataque de condena de 10.000 caracteres por parte de funcionarios del partido, Phünwang respondió con una refutación de 25.000 caracteres. Ahora, con más de ochenta años y oficialmente rehabilitado, continúa siendo una voz crítica que todavía sigue con atención la evolución en la Tierra de las Nieves.

La identidad nacionalista y la aserción de los derechos de los tibetanos por parte de Phünwang presentaban un problema para el PCC. La revolución comunista en China fue, a su manera, una aserción del nacionalismo y un deseo de restaurar la grandeza china. En este intento, las aspiraciones de otros grupos eran meros obstáculos. Phünwang y otros jóvenes radicales tibetanos se aliaron con el PCC como medio para introducir la reforma y el cambio social en Tíbet; pero en cuanto China estableció un firme control sobre la región, los comunistas tibetanos fueron depuestos y sustituidos por dirigentes *ban*. Gran figura política de la década de 1950, Phünwang fue el único tibetano con cierto grado de autoridad durante la primera década del gobierno chino. Su conocimiento del idioma y su posición de figura socialmente consciente lo convirtieron en un mediador cultural y político vital, una función que le dio acceso a los niveles más elevados del PCC así como al Dalai Lama (que escribió afectuosamente sobre él en su autobiografía). Pero la vida política activa de Phünwang terminó en 1958. Su destino y el de sus camaradas revelan los continuos problemas suscitados por el dominio de Pekín: tras cin-

cuenta años, el partido no ha conseguido promover un tibetano al máximo liderazgo en Lhasa. La peligrosa acusación de «nacionalismo local» impuesta a Phünwang se aplica aún a cualquier tibetano que se oponga a la política del PCC. Dichas amenazas continúan silenciando a los líderes locales.

El uso de la narración en primera persona hace de *A Tibetan Revolutionary* más una autobiografía que una biografía, en el sentido estricto del término. La voz de Phünwang lleva adelante la narración y no hay intento de juicio crítico o analítico de su relato. A los lectores les queda claro que es el punto de vista que Phünwang mantiene sobre los acontecimientos, y éste es uno de los puntos fuertes del libro. Como tal, sin embargo, sigue siendo tema de debate y observación atenta. La RPC está cambiando; la publicación de este libro es un indicio de ello, y del creciente acceso que los estudiosos tienen ahora a los materiales de los que se dispone en China y en Tíbet. Buena parte de la información presentada en el libro tiene que compararse con fuentes históricas y de archivo, y quizá aparezcan aún versiones diferentes. Esto no disminuye en absoluto la importancia del libro. Es bastante probable que incluso después de examinar otras fuentes encontremos que la voz de Phünwang es portadora de un grado mayor de verdad y precisión que cualquier otro testimonio publicado hasta el presente. El relato produce una sensación de autenticidad, establecida por un tono que no se detiene demasiado en los años perdidos. A pesar de su sufrimiento personal, Phünwang mantiene un punto de vista equilibrado y nunca desciende a la autocompasión. A algunos, esta falta de ira les parecerá ingenua, pero una lectura atenta revela la fuerza de su carácter. Phünwang mantiene la esperanza de que China y Tíbet puedan por fin coexistir. En las conversaciones mantenidas con la delegación enviada por el Dalai Lama en 1979, publicadas en un apéndice del libro, Phünwang criticó la versión que los «exiliados tibetanos» dan de él, caracterizándolo como «el tibetano rojo que introdujo a los *han* rojos en el Tíbet», y defendió los objetivos que se había marcado. Los comunistas —en palabras del presidente Mao— estaban allí

para ayudar a los tibetanos a erguirse, a ser los dueños de su propia casa, a reformarse, a iniciar una construcción para mejorar el nivel de vida del pueblo y construir una sociedad nueva y feliz. Pero yo nunca quise conducir a los *han* al Tíbet para establecer el dominio de los *han* sobre los tibetanos. Si es así, los «*han* rojos», el Ejército de Liberación y los «tibetanos rojos» que fueron sus guías son todos falsos comunistas.

La estrategia, insistió, debe juzgarse por su conclusión: en qué medida los tibetanos han progresado hacia un aumento del nivel de vida y hacia convertirse en «dueños de su casa» bajo la RPC. Son logros como éstos los que lo convertirían a él, en sus propias palabras, en uno de «los buenos». De hecho, una de las cuestiones que este libro plantea es si las reformas se habrían producido en Tíbet si China no hubiera intervenido en 1950. El relato de Phünwang nos permite seguir los esfuerzos del pequeño grupo de radicales que trabajó por la creación de un movimiento social autóctono. Como su héroe de niñez, Phünwang compuso canciones tanto

para educar a su gente como para inspirarla. Un apasionado himno de la década de 1940 empieza:

Erguíos, erguíos, erguíos,
hermanos tibetanos.
Ha llegado el momento de luchar.
¿Aún no despertasteis del sueño?
Ya no podemos soportar la vida
bajo la opresión de poderosos gobernantes.
Comedores de *tsampa*, erguíos,
haceos con el control de vuestra propia tierra.
Haceos con el control político.

Lo que está claro es que Phünwang fue víctima de una revolución traicionada. Este relato excelente y detallado de su vida ayudará a generaciones futuras a decidir por sí mismas si fue o no realmente uno de los buenos.